



# Inteligencia artificial en medicina: tecnología para ser más humanos

Guillermo Elizondo-Riojas\*  
ORCID: 0000-0002-9555-430X

\* Universidad Autónoma de Nuevo León,  
San Nicolás de los Garza, México.  
Correo: guillermo.elizondor@uanl.mx

**D**urante mucho tiempo hemos imaginado la tecnología como algo frío, distante, casi opuesto a lo humano. Cuando pensamos en inteligencia artificial (IA), vienen a la mente máquinas que sustituyen personas, algoritmos que toman decisiones y pantallas que se interponen entre el médico y el paciente. Esta preocupación es comprensible: pocas relaciones son tan delicadas como la que se establece entre quien sufre una enfermedad y aquel que intenta ayudarlo a entenderla, tratarla y, cuando es posible, curarla.

Sin embargo, ha llegado el momento de plantear una pregunta distinta. No solo debemos cuestionarnos si la IA puede hacer más eficientes las ciencias de la salud. Tenemos que meditar si realmente nos lleva a recuperar algo que, paradójicamente, la propia medicina moderna ha ido perdiendo: tiempo para escuchar, claridad en la explicación y capacidad en el acompañamiento.

La medicina contemporánea vive una tensión profunda. Jamás habíamos tenido tantos conocimientos, estudios de laboratorio, imágenes diagnósticas, medicamentos y posibilidades terapéuticas. Con todo esto, muchos pacientes se sienten más confundidos que nunca. Reciben dictámenes con palabras difíciles, resultados llenos de términos técnicos, tratamientos complejos y citas cada vez más breves. Salen del consultorio con más dudas que respuestas. Y no se trata de que el profesional no quiera explicar, es más bien que el sistema de salud suele imponer ritmos apresurados, cargas administrativas excesivas y una enorme presión asistencial.

Aquí es donde la inteligencia artificial adquiere un papel profundamente humano si la usamos con responsabilidad. La IA no debería entenderse como una herramienta que hace diagnósticos más rápidos o procesa grandes cantidades de datos. Su mayor contribución estaría en ayudarnos a traducir la complejidad médica en lenguaje comprensible, en facilitar la comunicación entre doctores y pacientes, liberar tiempo que le permita al profesional de la salud mirar más a los ojos y menos a la pantalla.

Pensemos, por ejemplo, en alguien que recibe un informe difícil de entender: una biopsia, una tomografía, una resonancia magnética o un estudio de sangre. Para el especialista, esos conceptos tienen sentido dentro de un contexto clínico. En cambio, en el paciente pudiera convertirse en una fuente de angustia. Un término como "lesión", "nódulo", "sospechoso" o "hallazgo incidental" puede provocar miedo inmediato, incluso cuando no significa algo grave. Una IA bien diseñada podría desglosar esos resultados en palabras sencillas, sin sustituir al médico, preparando al doliente para hacer mejores preguntas y comprender su situación.

La IA también puede personalizar la explicación. No todos precisamos el informe completo de la misma manera. Algunos necesitan conocer cada detalle técnico; otros, solo una aclaración más general y tranquilizadora. Hay quienes prefieren imágenes, analogías o ejemplos, y aquellos que requieren el registro escrito para leerlo después, con calma. La IA puede adaptar el lenguaje, generar resúmenes entendibles, preparar preguntas frecuentes y proporcionar materiales educativos adecuados a la edad, el nivel de comprensión y las circunstancias.

Uno de mis maestros decía que, en diversas ocasiones, lo único que podemos ofrecerle al paciente es nuestra compañía. Pero acompañar no es

únicamente explicar; es estar presente en el proceso de incertidumbre. En medicina, muchas veces el camino no es inmediato. Hay que aguardar los resultados, confirmar diagnósticos, comparar estudios, valorar opciones, discutir riesgos y tomar decisiones. Ese tiempo puede ser emocionalmente muy difícil. La IA podría ayudar a construir mejores protocolos de seguimiento, recordatorios, orientación y educación continua para que el paciente no se sienta abandonado entre una cita y otra.

Imaginemos un sistema que, después de una consulta médica, entregue al paciente un resumen claro de lo que se habló: cuál es el diagnóstico probable, qué estudios faltan, qué signos de alarma tiene que vigilar, cuándo debe regresar y qué preguntas conviene hacer en la siguiente visita. Este tipo de herramienta no reemplaza la conversación humana, la prolonga, la ordena y la fortalece. El paciente ya no depende de su memoria en un momento de estrés. Posee una guía que puede analizar con tranquilidad y en familia.

Asimismo, debemos reconocer que la inteligencia artificial también asiste al médico. Una parte considerable del tiempo de los profesionales de la salud se consume en tareas administrativas: llenar expedientes, buscar información, revisar antecedentes, redactar notas, organizar datos y cumplir requisitos burocráticos. Si la IA logra reducir dicha carga, el beneficio no será únicamente operativo, sino profundamente humano. Cada minuto que el médico no dedica a una pantalla puede convertirse en tiempo para escuchar mejor, explicar con más calma o acompañar con mayor empatía.

Por supuesto, tal visión no está exenta de riesgos. La IA en medicina se tiene que desarrollar y utilizar con principios éticos claros. No podemos permitir que se convierta en una barrera adicional. No debe despersonalizar la atención, automatizar decisiones sin supervisión ni generar respuestas aparentemente convincentes pero incorrectas. Tampoco ampliar desigualdades entre aquellos con acceso a mejores herramientas digitales y quienes quedan fuera de ellas.

Por eso, el papel de las universidades, los hospitales, los médicos, los investigadores y la sociedad es fundamental. La pregunta no es qué puede hacer la IA, sino qué queremos que haga por nosotros. En medicina, la respuesta debe ser clara: necesita-

mos que ayude a cuidar mejor. Que complemente la inteligencia clínica, no que la sustituya. Que fortalezca la confianza, no que la debilite. Que acerque al paciente al conocimiento, no que lo abrume con información. Que vuelva más eficiente el sistema, sí, pero, sobre todo, que lo haga más humano.

La empatía no se puede delegar a una máquina. La compasión no se programa de manera auténtica. El consuelo, la mirada, el silencio oportuno y la presencia siguen siendo insustituibles. No obstante, la IA crearía condiciones para que esas capacidades vuelvan a ocupar el centro de la atención médica. Ayudaría a explicar mejor, a ordenar la información, a anticipar dudas, a disminuir la incertidumbre y a acompañar con mayor continuidad.

Tal vez el gran desafío de la medicina del futuro no será decidir entre tecnología y humanidad, sino aprender a usar la tecnología con el fin de proteger lo humano. La IA sería una amenaza si la entendemos como sustituto del médico, del diálogo y del juicio clínico. Pero tendríamos una aliada extraordinaria si la convertimos en una herramienta que amplifique nuestras mejores capacidades: comprender, explicar, cuidar y acompañar.

En última instancia, el paciente no quiere solamente un diagnóstico correcto. Busca entender qué le ocurre, qué puede esperar, qué opciones tiene y quién estará con él durante el camino.

Si conseguimos que la inteligencia artificial nos ayude a ofrecer todo eso con mayor calidad, entonces quizá su logro más grande no será hacernos más tecnológicos, sino recordarnos por qué la medicina, antes que cualquier otra cosa, es un acto profundamente humano.

Descarga aquí nuestra versión digital.

